



Vuelo estático



JAAN KROSS

*Traducción del estonio y prólogo a cargo de
Consuelo Rubio Alcover*



IMPEDIMENTA



Título original: *Paigallend*

Primera edición en Impedimenta: octubre de 2015

© Heirs of Jaan Kross

First Published by Virgela, 1998, Tallinn, Estonia

Copyright de la traducción © Consuelo Rubio Alcover, 2015

Copyright del prólogo © Consuelo Rubio Alcover, 2015

Copyright del mapa © Allan Kukk, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

La traducción y la edición de esta obra han recibido una ayuda de la Fundación Cultural del Gobierno de Estonia. El editor agradece este apoyo.

ISBN: 978-84-15979-95-1

Depósito Legal: M-31445-2015

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, s. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO



UNA POLIFONÍA BÁLTICA

por Consuelo Rubio Alcover

Las casi quinientas páginas que siguen a este prólogo contienen, como comienza diciendo el propio Jaan Kross, «la historia de Ullo Paerand». La voz narrativa, Jaak Sirkel, trasunto del propio Kross, presenta a Ullo como alguien a quien conoció en el colegio Wikman de Tallin, un chico cuatro años mayor que él, cuya personalidad le impresionaba ya entonces por distintas razones. El primer dato que debería tener en cuenta el lector español desconocedor de la cultura estonia y de la obra de Kross es que en *Vuelo estático*, novela de madurez, publicada en el año 1998, el autor remite al lector a *Wikmani poisid* (*Los chicos de Wikman*), *roman à clef* del año 1988 con la que enlaza desde el tercer párrafo. El éxito de la obra *Los chicos de Wikman*, centrada en las peripecias de un grupo de alumnos de la Academia Wikman (prestigioso centro masculino de enseñanza de Tallin) desde 1937 hasta 1944, se vio amplificado gracias a la serie del mismo nombre producida por ETV, la televisión nacional de Estonia, en el año 1994.

Jaan Kross, considerado el gran maestro de las letras estonias del siglo xx, pertinaz candidato al Premio Nobel de Literatura hasta su muerte en el año 2007, nació en Tallin en 1920, pasó los primeros años de su vida en el barrio portuario de Kalamaja (igual que Jaak Sirkel, su *alter ego* en la novela) y asistió al colegio Jakob Westholm de su ciudad

natal (modelo en el que está inspirado la Academia Wikman) antes de estudiar Derecho en la Universidad de Tartu entre los años 1938 y 1945. Kross tenía veinte años, aproximadamente la misma edad que los chavales de Wikman al final de la novela de 1988, cuando las tres Repúblicas Bálticas (Estonia, Letonia y Lituania) fueron invadidas por el Ejército Rojo. La joven República Independiente de Estonia, nacida tras la caída del Imperio ruso, la revolución bolchevique de 1917 y la Primera Guerra Mundial, se había mantenido a flote pese a las fuertes turbulencias de principios de siglo, pero su Gobierno fue entonces depuesto y todos sus miembros fueron ejecutados o deportados a Siberia. Entre 1941 y 1944 Estonia estuvo ocupada por los alemanes, en principio recibidos con los brazos abiertos por la población aunque pronto se revelasen como invasores tan poco deseables como los rusos. En 1944, el joven Jaan fue arrestado durante unos cuantos días por las autoridades nazis, acusado de «actividades nacionalistas» (es decir, de conspirar en favor de la República Independiente de Estonia). Ya en 1939 se había firmado el llamado Pacto de Ribbentrop-Mólotov, por el cual la URSS y la Alemania nazi se dividieron el este de Europa en zonas de influencia. Fue un momento de desencanto y oprobio para los países bálticos, pues la ciudadanía se sintió utilizada como moneda de cambio por las potencias de Europa Occidental y vendida a la Rusia de Stalin. A principios de 1946, cuando, en virtud de ese pacto, Estonia se había convertido ya en una república soviética, Kross fue detenido de nuevo y permaneció encarcelado en Tallin, en dependencias del NKVD,¹ hasta que fue condenado a «5+5» (cinco años de trabajos forzados y cinco de exilio en Siberia) y deportado a un gulag en Inta, cerca de Vorkuta, donde cumplió su condena en las minas. Luego fue deportado a la región de Krasnoyarsk, donde trabajó en una fábrica de ladrillos y realizó después tareas más llevaderas, como el secado de botas de fieltro, acontecimientos que relata a través de la voz de Jaak Sirkel en *Vuelo estático*, en lo que constituye una línea narrativa paralela a la del protagonista, Ullo Paerand.

1. Comisariado de Asuntos Internos del Partido Comunista, que, asociado con los servicios de espionaje soviéticos, ejecutó las políticas de la era Stalin caracterizadas por una censura férrea y deportaciones masivas.

Antes de cumplir su condena íntegramente, Kross pudo regresar a Estonia en 1954, gracias a las amnistías de la era Jrushchov. Fue entonces cuando profesionalizó su actividad literaria, mantenida durante el exilio (en esa etapa, escribió poesía y tradujo a autores como Blok o Símonov), en parte debido a que los estudios de Derecho cursados en Tartu carecían de validez en la Estonia soviética. A grandes rasgos, su prosa suele dividirse en dos categorías: la novela histórica, género que Kross cultivó con reconocida maestría, y los textos de carácter autobiográfico. En el primer grupo hallamos obras como *El loco del zar* (1978), su novela más celebrada y traducida, *Romance de Rakvere* (1982), *La partida del profesor Martens* (1984) o la tetralogía *Entre tres plagas*, publicada entre 1970 y 1976. Las tramas históricas de Kross suelen centrarse en el destino de personajes extraordinarios, disidentes que se mueven por los márgenes de la sociedad, oponiéndose al orden establecido. Entre sus obras de cariz memorialístico se encuentran, además de *Vuelo estático*, *Los chicos de Wikman* y su secuela, *El anillo de Mesmer* (1995), la colección de relatos *La conspiración y otras historias* (1988), la novela *Tahtamaa* (2001) y la autobiografía en dos volúmenes *Queridos compañeros de viaje* (2003 y 2008).

Además de rasgos étnicos y culturales propios, el pueblo estonio tiene su minoritario idioma (hablado por poco más de un millón de personas) como rasgo identitario fundamental: este constituye la piedra angular del sentimiento nacional, mantenido hasta hoy contra viento y marea, en vista de la proximidad de vecinos tan poderosos y potencialmente agresivos como Rusia. Por ello, no puedo dejar de hacer una anotación acerca de la lengua en la que se escribió originalmente esta novela. El estonio, en contra de lo que podría pensarse, no pertenece a la familia eslava como el ruso, el polaco o el búlgaro, ni tampoco a la baltoeslava como el letón o el lituano. Se trata de una lengua no indoeuropea de la familia ugro-finesa, a la que solamente pertenecen el estonio, el húngaro y el finés entre las lenguas europeas. Sus mecanismos morfosintácticos aglutinantes difieren ostensiblemente de los de las lenguas indoeuropeas.

Reconocido como el gran bardo de las letras estonias del siglo xx, Kross ha sido comparado por críticos como Claudio Magris o Doris

Lessing con Thomas Mann. Esta obra podría darles la razón, pues el autor utiliza la voz de su condiscípulo y amigo para pintar el fresco de las aventuras y desventuras de toda una generación. A lo largo de sesenta años, Ullo y sus coetáneos asisten impotentes a un drama nacional —y personal— que tiene lugar con la complicidad tácita de las potencias vecinas. Al igual que en las grandes novelas de Mann, podemos considerar la Historia misma como uno de los personajes principales de la trama. Antes de que nacieran Ullo y sus contemporáneos, durante su azarosa historia, el país había sido siempre un territorio colonizado por potencias europeas (Suecia, Dinamarca, Alemania, Rusia) hasta que, tras la Guerra de Liberación Nacional de 1918, se proclamara por primera vez la República Independiente de Estonia. En las décadas inmediatamente anteriores, pese a ser una provincia de la Rusia zarista, la clase dominante seguía siendo la nobleza baltoalemana: terratenientes de origen prusiano que habitaban *mõisad* (casas solariegas en el campo) y que «poseían» aún siervos estonios, prácticamente en un régimen de esclavitud. En 1941 Hitler ocupó Estonia e hizo un llamamiento a los descendientes de esta aristocracia baltoalemana para que retornasen a la patria. Aproximadamente 14 000 de ellos aprovecharon ese momento para escapar cuando vieron cernirse sobre el país la amenaza soviética: es el movimiento de Umsiedlung al que se refiere Kross en varios pasajes del texto que sigue.

Mención aparte merece la geografía urbana de la capital de Estonia, Tallin, en la que se enmarca casi todo el devenir vital de Ullo. El mismo Kross emplea una sugestiva metáfora en el capítulo 18, según la cual Tallin sería una «ciudad-árbol»: su «tronco de piedra» estaría formado por Vanalinn, el casco antiguo, que comprende la colina de Toompea y la parte alta, con el imponente edificio rosa del Parlamento o Riigikogu, la catedral luterana Toomkirik y las cúpulas en forma de cebolla de la catedral ortodoxa de Alexander Nevski que coronan el conjunto. Al pie de la colina, en la parte baja, la calle Harju (donde se alza la poderosa torre de Niguliste Kirik, la iglesia de San Nicolás) comunica la plaza del Ayuntamiento (Raekojaplats) con la otra gran plaza de la ciudad, la plaza de la Libertad (Vabaduseväljak). A escasas decenas de metros de estos lugares, en dirección norte, se hallan las

adoquinadas calles Pikk, tantas veces mencionada en esta historia, y Pagari, donde estaba enclavado el cuartel de la KGB. También al pie de Toompea, pero al otro lado de la ciudad antigua, en el barrio de Tõnismägi, nos tropezaremos con la Biblioteca Nacional, detrás de la cual discurre la calle Erbe (hoy llamada Lõkke), donde vive Maret con su padre cuando conoce a Ullo. En dirección sur, a poca distancia de las dos plazas centrales, se extiende la avenida Liivalaia, que conduce por el oeste hasta el moderno centro comercial y de negocios, donde se encuentran aún hoy las calles Kentmanni (allí sigue la embajada de Estados Unidos, y allí coloca Kross el apartamento del Jaak Sirkel recién casado), Süda (donde Kross sitúa la escuela Knüpfer a la que asiste Ullo de niño) y Raua (domicilio familiar de los Berends en la época dorada de la infancia del protagonista). Si caminamos hacia el noroeste desde el ayuntamiento, atravesaremos la estación de ferrocarril Baltijaam y accederemos al barrio portuario de Kalamaja, donde se encuentra la prisión de Patarei (allí está recluido Ullo durante los bombardeos de Tallin en septiembre de 1944). No lejos de Kalamaja, en la avenida de Paldiski, que se aleja del centro por el suroeste, continúa estando Seewald, la institución en la que Ullo acaba sus días. La avenida de Narva es una gran arteria comercial que lleva desde las puertas de Viru (pintorescos restos de la antigua muralla que rodeaba Vanalinn) hasta el paseo marítimo Pirita Tee. Nõmme, donde viven Ullo y su madre durante la temporada en la que se dedican al negocio de los huertos, y Rannamõisa, donde tienen su casa de veraneo los padres de Jaak Sirkel, siguen siendo hoy en día zonas residenciales de clase media y media-alta en la periferia de la capital. Además de Tallin, que constituye su escenario principal, la novela de Ullo Paerand cuenta con otros escenarios secundarios, sobre todo la ciudad universitaria de Tartu, pero también otras poblaciones: Pärnu, centro de veraneo en cuya playa pasa varias vacaciones Ullo con su tío Joomas, Haapsalu, ciudad-balneario en la costa oeste, Viljandi en el corazón rural del país, Rakvere en el noreste y Narva en el extremo más oriental, una ciudad-fortaleza en la frontera con Rusia que quedó arrasada durante la Segunda Guerra Mundial.

Buena parte de la segunda mitad de *Vuelo estático* se desarrolla con la Segunda Guerra Mundial como telón de fondo. Los *vapsid*,

mencionados en diferentes ocasiones en el contexto de esta contienda, eran militares veteranos de la Guerra de Liberación Nacional de 1918. Este movimiento de tendencias fascistas, junto al golpe de Estado dado por los comunistas en 1924 y el catastrófico *crack* de Wall Street, dieron lugar al llamado «Período de Silencio»: un gobierno autocrático liderado por Konstantin Päts cuyo férreo control empezó a relajarse en 1938 con la creación del Riigivolikogu (Cámara de Representantes, que existió desde ese año hasta 1940 y que solo se restauró al concluir la era soviética en 1992). Durante la Guerra de Liberación, el Ejército estonio (apoyado por la Marina inglesa, al mando del almirante sir Edwin Sinclair) se impuso frente a los ejércitos ruso y alemán, y en 1920 se firmó la Paz de Tartu, por la cual Rusia reconocía la soberanía nacional de la República de Estonia, Estado independiente que se mantendría hasta la anexión a la URSS en agosto de 1940. En un episodio clave de la vida de Ullo Berends, veremos a nuestro protagonista ejerciendo inopinadamente de hombre de confianza del primer ministro Otto Tief; son hechos que han de ubicarse en el contexto de un brevísimo período de apenas unos días, en octubre de 1944, durante el que se volvió a proclamar la República Independiente de Estonia aprovechando el vacío de poder que dejaban al retirarse los invasores nazis y antes de que cruzasen las fronteras del país las tropas de la URSS para establecer la nueva legalidad soviética. El Gobierno presidido por Tief fue efímero, como veremos en la novela, y sus miembros se exiliaron por mar a Suecia pocos días después de tomar posesión de sus cargos. Precisamente en esos días se estaba librando en los alrededores de Tallin la sangrienta batalla de las Montañas Azules. La situación de la población estonia era entonces verdaderamente esquizofrénica, con soldados luchando en ambos bandos, soviético y alemán, debido a las levas obligatorias que se habían realizado en los meses y años anteriores. Por su parte, la guardia o milicia urbana del Omakaitse, en la que trabaja Ullo como infiltrado de la Tercera Vía, había surgido durante la Guerra de Liberación, renacido durante la ocupación alemana de 1941-1944, y asumido *de facto* las tareas de policía secreta para los ocupantes nazis. Los Metsavennad o «hermanos del bosque» eran guerrilleros que se echaron al monte cuando el yugo soviético se apoderó de Estonia, y resistieron hasta la

década de los cincuenta del siglo pasado, tal y como queda reflejado en la popular novela de la finlandesa de ascendencia estonia Sofi Oksanen, *Purga*, de 2008.

Ahora, si nos lo permite el fragor de la tumultuosa historia de los países bálticos resonando al fondo, nos resta disfrutar de este relato sobre las andanzas e industrias de nuestro dudoso héroe Ullo Berends. Sumérjanse en una novela que es, al mismo tiempo, crónica viva de la historia reciente de la patria de Jaan Kross.

CONSUELO RUBIO ALCOVER

Vuelo estático

I

Pues bien, he aquí la historia de mi viejo amigo, Ullo Paerand, objeto de mi simpatía, de mis dudas y de mi admiración.

De pasada, ya he hablado de él en algún sitio. Pero necesita más espacio. Necesita un tratamiento distinto, cobrar mayor protagonismo. En primer lugar, por ser quien es, sin más. Pero también por el papel que tuvo en un proceso anterior, el de la construcción de su propia historiografía. Y, finalmente, por el que desempeñó en el trasfondo histórico en el que figuraba. No fue un papel protagonista, pero sí, al menos, decorativo.

Nos conocimos en la famosa Academia Wikman. Y el hecho de que quedase fuera del círculo de los chicos de Wikman, círculo que inspiró mi novela así titulada, se debe sencillamente a que allí la acción se desarrolla casi en exclusiva entre compañeros de clase, y él era cuatro o incluso cinco años mayor que nosotros. A lo que he de agregar otra razón para dejarle al margen de aquella galería: ya entonces intuía que a Ullo no le bastaría con que le tratara como a uno más de la pandilla, sino que sería necesario que me ocupase de él extensa e individualmente.

Conque la primera vez que me llamó la atención debió de ser en las escaleras de Wikman, o en su amarillo salón de actos, en torno al año 1933 o 1934, cuando yo tenía unos doce o trece años y él entre dieciséis

y dieciocho. Yo estaría, me imagino, en el último curso de la escuela primaria y él ya en el décimo curso de la secundaria. O puede que hasta fuese ya a bachillerato. En cualquier caso, era alto, flaco, tenía la cara estrecha y una nariz más bien larga, delicada, y la nuez grande... En definitiva, Ullo era un chico larguirucho que a menudo parecía estar resfriado.

No recuerdo si en aquel tiempo ya era yo consciente de la diferencia entre el volumen de los cerebros de Turguénev y France (si no recuerdo mal, el primero pesaba 2018 gramos y el segundo 1343), aunque probablemente sí que lo supiese, porque no me llamó la atención en ningún momento que a él (o sea, a Ullo) le cupiera en un cráneo tan chico, como de pájaro, un intelecto tan notable. No tardé en darme cuenta de que era muy inteligente. Pero antes incluso de que entablara amistad con él no pude evitar fijarme en lo mal vestido que iba. Algo que no solía suceder en Wikman. Las mangas cortas, la camisa desgastada por los codos, el abrigo raquíto, los pantalones raídos... No es que vistiese con desaliño, nada de eso. Llevaba los puños de las camisas y los ojales cosidos con esmero, así como un parche en el pantalón protegiendo el trasero que, para más señas, era de una tela que más o menos hacía juego con el resto. Pero lo que más me llamó la atención de su indumentaria fue que llevase siempre la misma gorra de color rojo oscuro y ala negra, la gorra del instituto, incluso cuando más arreciaba el frío. La llevaba cuando todos los demás chicos iban al colegio con esos gorros de pieles con orejeras; a los más pequeños sus madres les habrían embutido bien las cabezas en ellos antes de salir de casa, y a los mayores les habrían rogado encarecidamente que se los pusiesen solos, en vista de aquel frío tan cortante. Algunos, por cierto, se los ponían voluntariamente, a pesar de que, si por ellos fuese, también hubiesen salido de casa con la gorra del uniforme, plantándole cara al frío. Había días de frío en los que no queríamos ir al colegio con el gorro, porque haciéndolo nos delatábamos automáticamente como unos niños de mamá. En los días más gélidos, quien salía así a la calle demostraba un enorme estoicismo y dominio de sí. A mí, no hay ni que decirlo, mi madre me encasquetaba el gorro de invierno sin que dijese ni mu. Aunque intentaba justificar esa fastidiosa cautela invocando un reciente ataque de otitis,

era francamente una lata tener que llevar el gorro, y a mis ojos, todo esto convertía la hazaña de Ullo en algo todavía más envidiable. Pensé así hasta que supe (aunque no me acuerdo de cómo lo averigüé) lo que pasaba en realidad: Ullo, sencillamente, no tenía gorro de invierno. A partir de entonces, lo de ir al colegio con la gorra del instituto dejó de ser un rasgo excéntrico, digno de reverencia, y adquirió para mí un tinte en cierto modo patético.

Los chicos del décimo curso, por no hablar de los del undécimo, no solían relacionarse con los más pequeños. A no ser que, por ejemplo, tuvieran un hermano en sexto y su madre les hubiese ordenado vigilar al pequeñajo, no fuese a aventurarse fuera del edificio del colegio a veinte bajo cero para ir al gimnasio, vestido solo con la chaqueta. El gimnasio estaba a un kilómetro y, a veces, los mocosos de doce o trece años iban hasta allí para probar su hombría. En aquellos casos, si el hermano mayor había quedado encargado de asegurarse de que el menor se ponía el abrigo y la bufanda como dios manda, podía darse que todo un candidato al examen de reválida de bachillerato se tuviese que rebajar y acudir a la puerta del guardarropa para gritarle a su hermano menor: «¡Eh, tú, pedazo de zoquete! ¡¿Es que voy a tener que ir yo a abrocharte el abrigo?! ¡Venga ya, hombre, andando y como las balas!».

En el resto de los casos, los contactos personales de los chicos mayores con los menores eran sencillamente inexistentes. Y a Ullo no le concernía en absoluto si yo me ponía o me dejaba de poner el abrigo o la bufanda. A pesar de lo cual, acabamos coincidiendo. Creo recordar que ocurrió durante un recreo especialmente largo.

Sucedió que nuestro maestro Schwarz, un alemán estrafalario, tuvo a bien preguntarnos un día (tenía que estar fuera del programa, porque era materia de noveno curso) qué clase de hombre fue y qué escribió un tipo francés llamado Adelbert von Chamisso. Se lo teníamos que decir en la siguiente hora de clase. Yo me lo había estudiado un poco, pero, cuando llegamos al aula, el señor Schwarz me sacó inmediatamente a la pizarra y me empezó a preguntar. Quería saber cuál era el nombre de una condenada isla (yo sabía que era una isla del Pacífico) sobre la cual el tal Chamisso había compuesto un poema entero. Pero el nombre de aquella isla se me había olvidado y no me estaba permitido separarme

de la pizarra para ir a mirar los apuntes de mi cuaderno. Y fue precisamente el peso de esta preocupación lo que me condujo a Ullo, que en el recreo siguiente se encontraba arriba, en el salón.

En ese momento, había en aquel salón unos trescientos chicos de entre el séptimo y el undécimo curso, paseando tranquilamente como una masa apretada que no se movía con ritmo del todo uniforme y maquinal, sino dando lugar a un caos humano que, sin embargo, seguía un cierto orden preestablecido: algunos se juntaban en alegre gresca dentro de un gran corro, mientras que otros se mantenían fuera del mismo, como manchitas esparcidas acá y allá. Mientras tanto, Ullo estaba de pie dándole la espalda al salón, con las manos cruzadas sobre el trasero, bajo el busto de yeso de Tónisson que quedaba oculto entre las cortinas amarillas, mirando por la ventana. Yo me acerqué, de lo que infiero que sabía que él me podía ayudar a salir del apuro, y le pregunté (ahora que lo pienso, creo que fue justo entonces cuando me di cuenta de que a veces bizqueaba con el ojo izquierdo, que se le desviaba hacia la nariz).

—Ullo, dime, ¿cómo se llamaba esa isla sobre la que Chamisso escribió un poema?

Él me dirigió una mirada sorprendida y benévola a la vez que descendiente.

—¿Os lo ha preguntado el señor Schwarz? ¡Qué pirado! A este paso, dentro de nada se lo preguntará también a los de segundo, que aún llevan babero. Pues nada, la isla se llama Sala y Gómez. Es el nombre del tipo que la descubrió, me imagino que un español. Pero si me vas a preguntar sobre el tamaño de la isla, cuántos kilómetros cuadrados tiene o algo por el estilo, no lo hagas. He consultado tres enciclopedias y las tres daban cifras distintas: 0,12, 4 y 38,5. Algo, por cierto, que resulta muy ilustrativo, porque da una idea de la credibilidad que merecen las enciclopedias. De cualquier modo, Chamisso fue allí en el año 1816, cuando estaba dando la vuelta al mundo en barco. Era botánico en la expedición de Kotzebue. A propósito, Kotzebue había nacido en Tallin.

—Le pusieron su nombre a una calle. Paso por ahí todos los días.

—¡Ah, caramba! —dijo Ullo—. ¿Y dónde vives?

Le di mi dirección y, si no recuerdo mal (hace ya sesenta años), fue esa misma noche cuando vino a mi casa por primera vez.

Nos sentamos en mi habitación, un poco cohibidos. Al menos, yo me sentía así, y tuve la impresión de que él también. Se quedó un rato mirando fijamente mis tubos de ensayo, mi lámpara de alcohol, los trozos de pirita que me había traído de la playa de Merivälja y todo el resto de «trastos de laboratorio» que tenía por allí, y finalmente dijo gruñendo:

—¿Es que quieres encontrar el secreto de la piedra filosofal?!

Me encogí de hombros y quise desviar la conversación hacia otro terreno:

—Cuéntame más cosas de esa vuelta al mundo en barco de Kotzebue.

Pero a Ullo no se le daba bien contar historias, por lo menos de viva voz. Sus discursos salían entrecortados, avanzaban como a trompicones. El relato solía quedarse a la mitad y él con la boca entreabierta (aunque, de eso, yo solo me daría cuenta bastante más tarde), para acabar preguntando poco rato después: «¿O me estaré equivocando y no sería así, sino que...?». Otras veces, según lo que estuviese contando, si venía al caso también podía acabar con: «O quizá tendríamos que hacerlo al contrario, ¿no?...», y añadía a continuación algo que rayaba en el absurdo.

—Oh, ¿Kotzebue? Una camada sorprendente. Cinco hijos. Los cinco aparecen en todas las grandes enciclopedias. El primero: navegante, del cual ya hemos hablado. Descubrió 399 islas. El segundo: periodista, militar y explorador. El tercero: general, pero no un general cualquiera, sino general de infantería de alto rango y gobernador militar de Polonia; más tarde le darían el título de conde. El cuarto: diplomático, escritor y embajador ruso en Suiza. El quinto: pintor. Pintor de escenas bélicas. Y, también en su caso, no un pintor de batallas cualquiera, sino que hizo, por encargo del káiser, la mitad de las pinturas del Palacio de Invierno. Pero, todavía más sorprendente que estos cinco, fue el padre. Un dramaturgo que acabó en Siberia por orden del káiser. Lo mató a tiros un universitario alemán. Aunque vivió durante muchos años en Estonia y escribió doscientas dieciséis obras de teatro. Según muchos,

era un intrigante, un bribón y un infiltrado, pero tal vez no... ¿Cómo podría haber tenido, entonces, semejantes hijos?

También jugábamos al ajedrez. Él ganaba siempre, desde luego. Incluso cuando, por iniciativa propia, me dio *handicap* de torre. Recuerdo que su estilo de juego era tal que desde la apertura provocaba en su oponente, a través de una serie de movimientos completamente inesperados, un fantástico desconcierto. Solo después de haberme acostumbrado, hasta cierto punto, a su forma de jugar (y cuando me ofreció, en vez de torre, una reina de ventaja), empecé a ganar alguna partida. Pero eso pasó mucho más tarde.

En esa primera ocasión, como en todas las sucesivas, mi madre invitó a Ullo a cenar con nosotros. Una vez estuvimos sentados a la mesa, no le quedó otra que contestar a las preguntas de mi padre:

—¿En qué trabaja tu padre?

—Es empresario. Al menos por lo que yo sé, vamos.

Mi padre frunció el ceño:

—¿Qué significa eso, de que «por lo que tú sabes»?

—Quiero decir que cuando vivía en Estonia era promotor inmobiliario, pero ahora ya lleva varios años en el extranjero y no sé con exactitud a qué se dedica. Laboralmente hablando. En cuanto a lo demás, la misma historia de siempre.

—¿En qué sentido?

—Buf, pues algunos comentan que se está escondiendo, en Luxemburgo o donde quiera que esté, de los acreedores que tiene aquí.

—En ese caso, será que tiene motivos para hacerlo —dijo mi padre con flemma.

—O puede que no. Puede ser que simplemente se haya liado con una mujer francesa y que no quiera disgustar a mi madre.

—¡Ah, claro! También puede ser —asintió mi padre—. Entonces la historia sería más fácil de entender. O quizá más difícil.

Después de la cena, Ullo y yo nos metimos otra vez en mi habitación. A las once, mi madre vino a decirnos que ya era hora de que yo me lavase para irme a dormir. Ullo se levantó, dio las gracias por la cena a mi madre y se marchó. Y mi madre resumió así esa primera visita suya:

—Verdaderamente, un chico educado. Pero, la ropa, ¿no lo habéis notado?, le huele a caldera. Será de ese huerto de Nömme donde dicen que están viviendo ahora, en el cuarto de calderas del entresuelo. Por otro lado, es evidente que no ha aprendido a marcharse a tiempo de casa ajena.

Y cuando mi padre (que nunca recelaba de nadie, aunque muchas veces sonriese con ironía cuando se hablaba de cierta gente) se calló y no dijo nada al respecto, mi madre (que nunca ironizaba sobre nadie, pero que podía recelar casi de cualquiera) agregó:

—Dicho sea de paso, Jaak es un niño todavía, pero ese Ullo es casi un hombre adulto. Y yo me pregunto: ¿qué estará buscando en Jaak?

La respuesta de mi padre me gustó tremendamente:

—Obviamente, él opina que Jaak no tiene nada de niño.